

Palabras y significado

2020-02-07



Kultura

PAUL BEITIA

(Traducción)

“El sentido común imperante, por consiguiente, no es sino un marco de comprensión impuesto para consolidar el régimen capitalista y para que todo siga igual.”

Últimamente no puedo quitarme una foto de la cabeza. La huelga general del pasado 30 de enero dejará sin duda una resaca larga: las valoraciones, críticas y autocríticas no se han acabado, ni se acabarán, el día después. Alguna estará reflexionando sobre el programa político y el modelo de movilización clasemedianistas, otras sobre las consecuencias de la represión, también habrá quien reflexione sobre cómo poner en el centro los intereses del proletariado en este contexto. Pero yo, además de todo eso, no me puedo quitar de la cabeza una foto, publicado entre otras muchas imágenes memorables por el trabajo incansable de este mismo periódico. La foto tiene algo que me atrapa, una fuerza, un significado oculto que debo encontrar. Debe estar sacado en los piquetes matutinos de Donostia: se trata de una figura encapuchada y oscura situada de espaldas en un túnel sombrío, justo en medio de otras figuras desenfocadas, con la mano levantada sujetando un spray con unos guantes azules. Con la mano firme y la letra torcida escribe una palabra que va a rematar con la última línea roja, esa palabra tan conocida como distorsionada: «iraultza», revolución.

Las palabras son seres débiles. No podemos entender el mundo sin ellas, pero de la misma manera son inestables, no son de fiar. Es bien conocido el fragmento de la novela *A través del espejo* que nos dejó Lewis Carroll, el creador de Alicia. La muchacha se encuentra con el personaje grotesco Humpty Dumpty, sentado en lo alto de un muro de ladrillo, y entablan una conversación sobre las palabras y los significados. Alicia le dice: «la cuestión es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes». «La cuestión», le responde Humpty, «es saber quién es el que manda... eso es todo». Paradójicamente, un personaje ficticio de un libro para niños nos da a conocer la concepción política real de los significados. La inestabilidad de los significados mantiene una relación directa con el poder político. Y el poder, para nosotros, se traduce en poder de clase.

Quisiera debatir sobre un elemento fundamental del concepto de cultura: la cultura como marco de comprensión compartido. Los grupos que comparten una cultura comparten también un punto de vista a través del cual pueden entender y juzgar la realidad. Su conducta está condicionada por este marco de comprensión y, al mismo tiempo, entienden lo que ellos y otros hacen según el mismo marco. En ese sentido, la cultura sería un marco semántico o de comprensión compartido, un conjunto de significados colectivos, una visión del mundo, una concepción a través de la cual se conciben los criterios de entender realidad. Un *sentido común*. Y en la sociedad capitalista, como cualquier otro elemento, el marco de comprensión cultural está determinado por la clase, por el lugar que se ocupa en la producción.

Por lo tanto, cuando hablamos de cultura dominante, estamos hablando de la organización de la cultura según le convenga a la clase dominante, es decir, nos referimos, entre otras cosas, a la maquinaria cultural del poder burgués los valores, prácticas y significados que se le impone al conjunto de la sociedad. En

este marco, el control sobre las palabras y los significados también juega un papel fundamental. Para garantizar la acumulación constante de capital, es necesario, entre otras cosas, que todos compartan una misma noción de las palabras «vida», «trabajo» o «libertad». Es decir, es necesario que todos entiendan que vivir significa trabajar, que el trabajo significa trabajo asalariado y que la libertad es lo que sucede en el tiempo libre delimitado por las horas de trabajo. El sentido común imperante, por consiguiente, no es sino un marco de comprensión impuesto para consolidar el régimen capitalista y para que todo siga igual.

La práctica cultural de la clase obrera, en cambio, se sitúa en una relación constante con la cultura dominante, y está caracterizada por aceptaciones, tensiones y antagonismos que experimenta en relación con la cultura dominante. Las prácticas alternativas y antagonistas –ya sea la reappropriación de un edificio o un discurso político semicrítico– sufren persecución y represión continua para que sean sumisamente integradas, cuando no neutralizadas. He ahí, de nuevo, la relación entre la cultura y la política: una política dada necesita de una base cultural –un marco de comprensión, por ejemplo–, pero una cultura necesita también de una política que garantice su existencia. Para la construcción del socialismo es necesario un marco de comprensión antagónica a la cultura dominante, pero ese marco solo puede ser garantizado por instituciones y políticas proletarias. La organización antagónica de la cultura también se trata de esto.

Por lo tanto, no hay sino dos opciones: aceptar el sentido común burgués o actuar según un marco de comprensión antagónica a ella. Los partidos de la clase media, en la medida que conciben en todo momento su práctica política dentro de los límites del marco burgués, se ven obligados a actuar según los significados y las concepciones que este impone. En este sentido, ellos y nosotros empleamos significados y concepciones totalmente contrarias. Bernie Sanders predica la llegada de la «revolución» en su nueva campaña, pero sabemos que esta palabra no es empleada como la empleamos nosotras, ya que no conlleva para nada la superación de la sociedad de clases. En la pasada huelga general, se denominaba «trabajo digno» a la mejora de las condiciones laborales; nosotras, en cambio, opinamos que no hay trabajo «digno» alguno bajo la esclavitud del salario. Asimismo, la palabra «socialismo», cuando no significa la autonomía y la autodeterminación del proletariado, se convierte en mero elemento folclórico e identitario.

Los socialistas, por lo tanto, debemos actuar de acuerdo a un marco de comprensión antagónico, y en eso estamos: tomando la independencia de clase como premisa, nuestra práctica política avanza al margen de la cultura dominante. En mi opinión, es por eso que los choques que se dan en muchos de los debates que entablamos, sean fundamentalmente problemas de «comprensión». Es habitual que cuando hablamos con nuestros padres o con conocidos «no entiendan» lo que queramos decir. Por ejemplo, cuando los comisarios políticos de la clase media dicen que no entienden «la ruptura política» o «la revolución», no es que no entiendan las palabras *per se*, si no que no comparten ni asumen su significado real llevado a la práctica. De ahí derivan luego las críticas facilonas que nos acusan de «infantilismo» o «idealismo». Nuestro proyecto político no cabe en el sentido común burgués, precisamente porque actúa antagónicamente a él. Como decía Kolitzs en su texto sobre el nuevo curso político publicado en este mismo periódico, esta actividad tendrá como consecuencia choques y desprecio constantes, «hasta el momento en que

las organizaciones comunistas funden mayoritariamente un nuevo sentido común político favorable a la revolución socialista y al proletariado».

Un nuevo sentido común, un nuevo marco de comprensión, en definitiva una nueva cultura, solo serán creadas y garantizadas por nuestra propia iniciativa política. Solo por nuestra iniciativa, pienso, y de nuevo me viene a la mente la foto de la huelga general: esa figura oscura que levantando la mano va a rematar la palabra que ha escrito. Se me ocurre que mientras algunos nos acusan constantemente de infantilismo e idealismo, la palabra «revolución» recupera su verdadero significado en el grito del joven lleno de determinación o en una pared, escrita con mano firme, color rojo y letra torcida.